

## CAPÍTULO XI.

Continuación del reinado de Carlos III.—Velazquez.—Trigueros.—Su superchería poética.—Su *Riada*.—Sus parciales é impugnadores.—Jesuitas poetas.—Lasala.—Alegre.—Isa.—Diaz.—Ceris.—Montengon.—Muñoz.

Uno de los escritores que más en cuenta han de tenerse para comprender la época de transición que corresponde al reinado de Fernando VI, y aquilatar el carácter que tomó la crítica doctrinal en la época de Carlos III, es don José Luis Velazquez, marqués de Valdeflores. No era grande en verdad su ingenio poético; pero sí extenso su alcance crítico, seguro su buen gusto, tal como el buen gusto se entendía entonces, y ejemplar su constancia en las desabridas tareas de erudito y de investigador de antiguos monumentos históricos. Harto breve é incompleta es sin duda su obra *Orígenes de la poesía española*, publicada por primera vez en 1754; pero hay en ella asomos de un sentido crítico sano y elevado, poco común en aquellos tiempos, y tal cual es este bosquejo histórico, honra en alto grado el discernimiento de su autor, y demuestra cuánto camino habían andado y cuánta fuerza habían adquirido las doctrinas exóticas que diez y siete años ántes había sostenido en forma dogmática don Ignacio de Luzán.

Pero es de notar que mientras más se acercaban al triunfo, mayor estrechez y rigor iban cobrando estas doctrinas. Velazquez leyó en la academia del *Buen Gusto* dos estudios críticos: el uno es un elogio desmedido de la tragedia, y en especial de la *Virginia* de Montiano; el otro un exámen de las dotes y circunstancias que constituyen la poesía (1). Las ideas sobre la tragedia en general, contenidas en el primero de estos estudios, son las mismas, rígidas y absolutamente convencionales, que los preceptistas franceses é italianos creían encontrar en Aristóteles; por donde la sana crítica teatral, léjos de progresar, como lo imaginaba Velazquez, retrocedía no poco del punto en que la había dejado don Juan de Iriarte en el *Diario de los literatos* (2). Las doctrinas del segundo estudio sobre la índole de la poesía se resienten igualmente del espíritu artificial que animaba, ó, por mejor decir, subyugaba toda la literatura pseudo-clásica. Cosas bastante cuerdas é ingeniosas dice Velazquez acerca del estilo poético y de la dificultad de conciliar los preceptos de las *Poéticas* con la inspiración desembarazada, con el *est Deus in nobis*, de los verdaderos poetas.

Los poetas más grandes (dice) han peligrado infelizmente en este escollo. Unos, por ajustarse exactamente á las reglas, han dejado lánguida y exánime su poesía. Otros, por dejarse arrebatar demasiado de la fuerza de su fantasía, han sacado las cosas de quicio.... Ni las reglas propias de este arte, ni todas las grandes luces que se adquieren por el estudio de las demás ciencias y facultades, son capaces de hacer un poeta mediano. Ésta es una obra que el cielo se ha reservado para sí.

De polvo y sangre y de sudor cubierto,  
Á aherrajar grandes reyes enseñado,  
En hallar mundos que vencer experto....  
Pero ¿quién será, misas, varón tanto,  
En cuyo elogio así animáis mi canto?

OCTAVA 19.\*

Por Motezuma, emperador famoso,  
Era este vasto término regido,  
El más sublime acaso y venturoso  
Que en sus antecesores había habido.  
Pero ¡guay del que cuando más glorioso  
Se halló este imperio, entonces fué perdido;  
Que si el Señor sobre un lugar no vela,  
Guárdalo en vano humana centinela.

(1) Tenemos á la vista estos estudios. (Autógrafo)

fos literarios de la colección del señor de Gayángos.)

(2) Velazquez llama muestra de todas las perfecciones á la soporífera *Virginia*, de Montiano. Parecíale la tragedia clásica, tal como entonces se entendía, el colmo de la sublimidad del arte. «El poema (dice) más excelente, y asimismo el más arduo, es la tragedia. Por eso Aristóteles, habiendo de escribir su *Poética*, la redujo casi toda al artificio del poema trágico.... España, que desde el principio del siglo XVI había conocido y cultivado la tragedia en su misma lengua original, con un arte y un ingenio maravilloso, de repente perdió este gusto con la introducción de las tragicomedias....»

Y este mismo crítico, que ve en la poesía el impulso libre y natural de las facultades celestiales de que Dios dotó al alma humana, en el propio escrito en que así piensa, pone límite y embarazo á la expansión de los sentimientos, declarando que sólo «las alabanzas de los dioses, las grandes acciones de los héroes, las virtudes de los sabios, la armonía de los cielos, el curso y movimiento de las estrellas, las maravillas de la naturaleza, y en general lo grande y lo magnífico que sucede en el mundo, es materia propia para ejercitar el ingenio y el númen del poeta.» Esta noblemente intencionada, pero estrecha é infecunda teoría, excluye los afectos tiernos y delicados del corazón, las sensaciones suaves y risueñas del alma, y reduce la poesía á una epopeya falsa y amanerada ó á un lirismo forzosamente encofetado y ambicioso. ¿No se ve aquí el anuncio de aquella preocupación de escuela que movía á Jovellanos á aconsejar á sus amigos de Salamanca que renunciáran á los cantares del amor?

El alto é incontestable mérito de Velazquez, su posición social, el valimiento que le dispensaba el célebre ministro Marqués de la Ensenada, y hasta su natural arrogancia, le granjearon grande autoridad y no pocos enemigos. En sus cartas íntimas á su amigo don Agustín de Montiano se echa de ver la aversión que le inspiraba el respetable padre Florez. Zaheriale con cierta fruición malévolá, llamando *pepitoria sagrada* á la *España Sagrada*. No es dable creer que impulsos de vanidad ó envidia llevasen por extraviada senda la pluma de un hombre de tan noble índole (1). Como testimonio de ella, no podemos dejar de recordar con

(1) Creemos oportuno publicar aquí el siguiente curioso apunte que para este objeto nos entregó el sabio Marqués de Pidal, rápidamente escrito con ocasión de examinar un códice, perteneciente al señor de Gayángos, que contiene la correspondencia íntima que por los años de 1753 y 1754 medió entre Velazquez y Montiano.

APUNTE SOBRE DON LUIS VELAZQUEZ, MARQUÉS DE VALDEFLORES.

Su vida interesante como hombre de letras, y como comprendido en la causa del motin de Esquilache, que produjo la expulsión de los jesuitas. Fué protegido del Marqués de la Ensenada, que le confió la comisión de viajar por España con el objeto de recoger antigüedades, etc.—En un tomo MS. de sus cartas originales á don Agustín Montiano, su amigo íntimo, además de las noticias literarias, se hallan algunas especies que pintan al hombre y dan idea de las interioridades de aquella época.

Arrogante y pagado de sí mismo, despreciaba al padre Florez.—*Extractos de sus cartas*: «Como no digan que mi *Ensayo* se parece á la *España Sagrada*, con cualquier crítica me contento.» (Enero de 1753.)—«Dejemos á Florez; que él tendrá cuidado de desacreditarse con sus libros.»—«Como soy mozo, atribuirían á insolencia mía el atreverme á criticar sus obras.» (15 Febrero de 1753.)—«Á la *España Sagrada* la llamaba *pepitoria sagrada*, librote, etc.—«Dígole á usted que si los jesuitas de Trévoux han hecho la sangrienta crítica que publica P. (Panel), los estropearé con la misma facilidad que á él, y usted esté seguro que el que se metiese en público conmigo lo pasaría mal.» (23 de Agosto de 1753.)—«Estaba tentado á escribir en de-

rechura al General de San Francisco participándole la picardía (del Guardian de Mérida, con quien tenía una disputa) para que la castigase, y lo ejecutaré si el fraile no se modera. Esto me servirá á mí de escarmiento para no volverme á clarear con semejante canalla.» (11 Diciembre de 1753.)—«¿Qué quieren esos mamarrachos? ¿que gustemos todavía de las tonterías del siglo pasado?» (26 Febrero de 1754.)—«Con la noticia que usted me da de la desgracia del M. (Marqués de la Ensenada) quedo como usted puede pensar. Aviseme usted lo que vaya aconteciendo, con la seguridad de que, despues de leídas, quemaré sus cartas y con nadie me daré por entendido de estos asuntos. Me estaré quieto en mi casa hasta ver lo que resuelven de mi comisión.» (30 Julio de 1754.)

Se queja de que le quitase el nuevo ministro la comisión, y quería seguirla á costa de la Academia, ó á costa suya y de sus amigos.—«¿Qué me dice usted de la corte? ¿Cayó ya el penacho del autor de la *pepitoria sagrada*? Para que ni aun ese pequeño y mezquino asilo tuviesen las letras. No obstante, bien merecido se lo tenía el buen P. C. (Padre Confesor)» (¿Era Rávago?). (28 Octubre de 1755.)—«Gracias á Dios que salimos del Padre C.» (19 Octubre de 1755.)—«Mi padre ha renunciado en mí, por vía de alimentos y para los gastos de mis viajes y libros, los señoríos de Valdeflores y Sierrablanca.»—«Aquí para entre los dos, el vestido de abate se fué con dos mil demonios. Ya me tiene usted con espada en cinta de seis meses á esta parte.» (15 Noviembre de 1755.)

¡Y á este hombre se le metió en la causa contra los jesuitas y sus parciales!

16 de Julio de 1754.—Montiano al Marqués.—Respondida en 23, contándole el suceso de Enseña-

verdadera complacencia la entereza con que, á fuer de consecuente y agradecido, resistió á las amistosas sugerencias de Montiano, que, con el fin de sacarle á salvo de la borrasca que preveía, le aconsejaba que dedicase los *Orígenes de la poesía castellana*, no á Ensenada, sino al entónces poderoso Duque de Huéscar.

Me avergonzaria yo (le contesta Velazquez) de que un ejemplar llegase á manos del Marqués de la Ensenada.... Cuanto me pudiere dar la fortuna, lo estimo en poco, en comparacion de la satisfaccion que á mí me deberá resultar de saber que obro como debo, y que en cualquier acontecimiento de fortuna, soy agradecido á los que me favorecen.

Estas dignas palabras, escritas en momentos de adversidad, dan cabal idea del alto temple del corazon de Velazquez. La historia, cubierta en esta parte de un misterioso velo, no explica cómo un hombre de pensamiento tan libre, tan brioso y tan despreocupado pudo ser envuelto en la causa del motin de Esquilache, y en la que se formó contra los jesuitas y sus parciales (1). Como quiera que sea, la posteridad debe honor y gloria á un escritor tan laborioso é ilustrado, y no puede recordar sin horror que, víctima de su constante amistad á Ensenada, y de las pasiones políticas de aquel tiempo, fué arrastrado á los castillos de Alicante y Alhucemas, de donde, despues de seis años de encarcelamiento, salió casi sin vida, para ir á morir de allí á poco en los brazos de su madre, en el solitario retiro de una casa de campo.

Harto mayor que su mérito fué la fama del beneficiado de Carmona don Cándido Maria Trigueros. Con mediano talento, pero dotado de índole muy activa y laboriosa, alcanzó, en la segunda mitad del siglo XVIII, cierta gloria, más aparente que verdadera, y con ella, el honor de ser combatido por escritores de valia. Su inspiracion poética era tan escasa, como desmedida su ambicion literaria.

Representa en España, sin salir de la esfera de la medianía, aquel espíritu europeo, que siguiendo la moda y el impulso innovador del tiempo, se afanaba por examinarlo todo á la luz de la filosofía; filosofía de circunstancias, muchas veces trivial y acomodaticia, que solia

da; previéndole que se esté quieto en Málaga; «que calle y que espere mis avisos.»— En la margen de la del 23 dice Montiano: «Recibida en 30. Que se esté quieto, que calle, que luego que haya oportunidad presentaré la representacion sobre su defendido.»— Á estas dos de Montiano es la respuesta que se copió más arriba, del 30 de Julio.

Velazquez, agradecido á Ensenada, queria dedicarle sus *Orígenes*. Montiano se lo disuadia, y queria lo hiciese al Duque de Huéscar por razones de política, etc. En 27 Agosto de 1754 decia: «Despues de haber batallado conmigo mucho tiempo para reducirme á dedicar los *Orígenes* al Duque, no me he podido resolver, porque me parece la cosa más ajena de mi modo de pensar. Convento en las reflexiones que usted hace; pero esto sería bueno para usted y otros que sabrian mis intenciones; pero otros muchísimos lo murmurarian, y me avergonzaria yo de que un ejemplar llegase á manos del Marqués (Ensenada). Á mí no me queda hoy ya otro modo de darle á entender mi buena ley sino éste, y cuanto me pudiere dar la fortuna lo estimo en poco en comparacion de la satisfaccion que á mí me deberá resultar de saber que obro como debo, y que en cualquiera acontecimiento de fortuna soy agradecido á los que me favorecen.»

En 10 de Setiembre de 1754 le noticia Montiano el corte de su comision. Contesta el 16:—«Nada de cuanto usted me dice me coge de susto; ya me lo tenía yo previsto, pues era regular que mi comision cayese con todas las demas, siendo tantas.»

Supongo que su amistad por Ensenada, y su desafecto á los que le sucedieron, fué la ocasion de sus prisiones y de haberle envuelto con los jesuitas en lo del motin de Madrid.— Nada resultó contra él en aquel juicio misterioso y secreto (segun el fiscal Huerta), y sin embargo, fué condenado; y cuando le dieron libertad, le arrojaron al mundo, quebrantado y muerto. Murió al poco tiempo, perdiéndose las esperanzas que habian hecho concebir su saber, buen gusto y laboriosidad.— P. J. PIDAL.

(1) Algunos escritores conjeturan que la obra satirica de Velazquez, titulada *Coleccion de diferentes escritos relativos al cortejo*, perjudicó mucho á su autor. No se limitaba Velazquez á señalar la ridiculidad que lleva consigo lo que llamaban cortejo; satirizaba igualmente costumbres y abusos del poder. Semper dice: «Esto probablemente dió motivo á las persecuciones que padeció despues, por habersele creído reo de los papeles sediciosos que se esparcieron cuando sucedió el motin del año de 1766.»

tomar por verdades absolutas, preocupaciones y tendencias especiales, que tenían, cuando más, una verdad relativa, y por consiguiente transitoria y deleznable.

En *El Poeta filósofo*, publicado en 1774 (1), creyó Trigueros haber removido é iluminado todos los problemas morales en que descansan la sociedad y la conciencia. En Francia tuvo el poema admiradores sinceros, y subió de punto el engrimiento del autor al verse calorosamente aplaudido por Florian, ingenio de no mayor fuerza que Trigueros, que gozaba entónces en Francia de un renombre brillante, que la posteridad ha acabado por reducir á muy exiguos límites. Hoy día nadie lee ni tiene aliento para leer *El Poeta filósofo*, y sería enojosa y estéril tarea analizar un poema difuso y acompasado, en donde, á vueltas de algunos pensamientos cuerdos y verdaderos, hay otros falsos ó aventurados, y nunca la emocion, el entusiasmo y la elocuencia que son la magia de las obras de la imaginacion.

Hasta el metro es monótono y cansado. Está escrito el poema en versos de catorce sílabas, que Trigueros, poco versado en la versificacion antigua de Castilla, juzgó haber inventado, y presentó como una innovacion. El erudito Bayer le hizo notar su inadvertencia en el concepto histórico, y habria podido ademas demostrarle que se equivocaba igualmente creyendo haber trasladado con exactitud el pentámetro latino á la versificacion castellana (2).

El alucinamiento de la soberbia literaria indujo á Trigueros á imaginar que llegaria á imitar con tal perfeccion el tono y galas de los antiguos poetas españoles, que podrian sus versos confundirse con los del siglo de oro. Para poner á prueba su infantil antojo, publicó en Sevilla (1776) un tomo con este título: *Poesías de Melchor Diaz de Toledo, poeta del siglo XVI, hasta ahora no conocido*. ¡Ridículo empeño, que no podia dejar de acarrear un desengaño al desvanecido poeta! Los entendidos columbraron desde luego la inocente superchería. En los versos de Melchor Diaz trasciende la poesía insulsa y amanerada del siglo XVIII, y lo que es peor, la poesía poco poética de Trigueros. ¿Dónde aquella hechicera naturalidad del lenguaje, aquel *quid divinum* del idioma poético del siglo XVI? Trigueros ganó poco en su fama de poeta, y su deslucida tentativa no fué sino una confirmacion del emblema satírico que encierra la fábula de *El Asno vestido de leon*.

En su *Viaje al cielo*, poema en tres libros, destinado á encomiar á Carlos III, no acierta tampoco á remontarse á la esfera ideal que sirve de teatro al poema. Su fantasia no sube al cielo, aunque tal dice haber logrado, en el libro segundo; ni un destello siquiera de estro verdadero llega á romper las prosaicas cadenas que le tienen amarrado á la tierra.

Sus poemas *San Felipe Neri* y *La Riada* causaron á Trigueros amargos sinsabores. La doctrina de un sermón, que pone en boca del Santo, no pareció ortodoxa á una parte del clero español. Escribiéronle cartas injuriosas, y no faltó quien intentara mancharle con la nota de hereje. En *La Riada* puso de manifiesto, más que en la mayor parte de sus demas obras, la escasez de su núnem y su falta absoluta de gusto poético. ¿Quién creeria que el espectáculo imponente de una avenida del Guadalquivir, y los esfuerzos del insigne asistente de Sevilla don Pedro Lopez de Lerena para prevenir ó reparar terribles desastres, no alcanzaron á arrancar al poeta uno solo de esos acentos conmovedores que brotan de aquellas almas que, á falta de imaginacion, tienen siquiera las dos fuerzas poéticas del entusiasmo y de la compasion? ¡Deplorable extravío de las preocupaciones de escuela! La realidad del infortunio, los cuadros del desastre, los esfuerzos del deber y de la caridad no parecen al poeta asunto

(1) Es una coleccion de poemas, titulados *El Hombre; La Desesperacion; La Esperanza; La Moderacion; La Ternura; El Odio; El Libertinismo; ó la falsa libertad; El Deseo; El Remordimiento; La Reflexion; La Alegria; La Tristeza; La Mujer*.

(2) En una carta que precede al poema *La Moderacion*, que lleva el número IV en la serie de poe-

mas que constituyen la coleccion titulada *El Poeta filósofo*, reconoce Trigueros su equivocacion, y recuerda que Gonzalo de Berceo, don Alonso el Sabio, el infante don Manuel, el Arcipreste de Hita, Pero Lopez de Ayala, escribieron versos de catorce sílabas, que él llama *pentámetros castellanos*.